

*SAN JUAN
BAUTISTA VIANNEY*



TOMAS
PORTO

EL SANTO CURA DE ARS

**SAN JUAN BAUTISTA
VIANNEY
El Santo Cura de Ars**

Rafael M.^a López-Melús, Carmelita

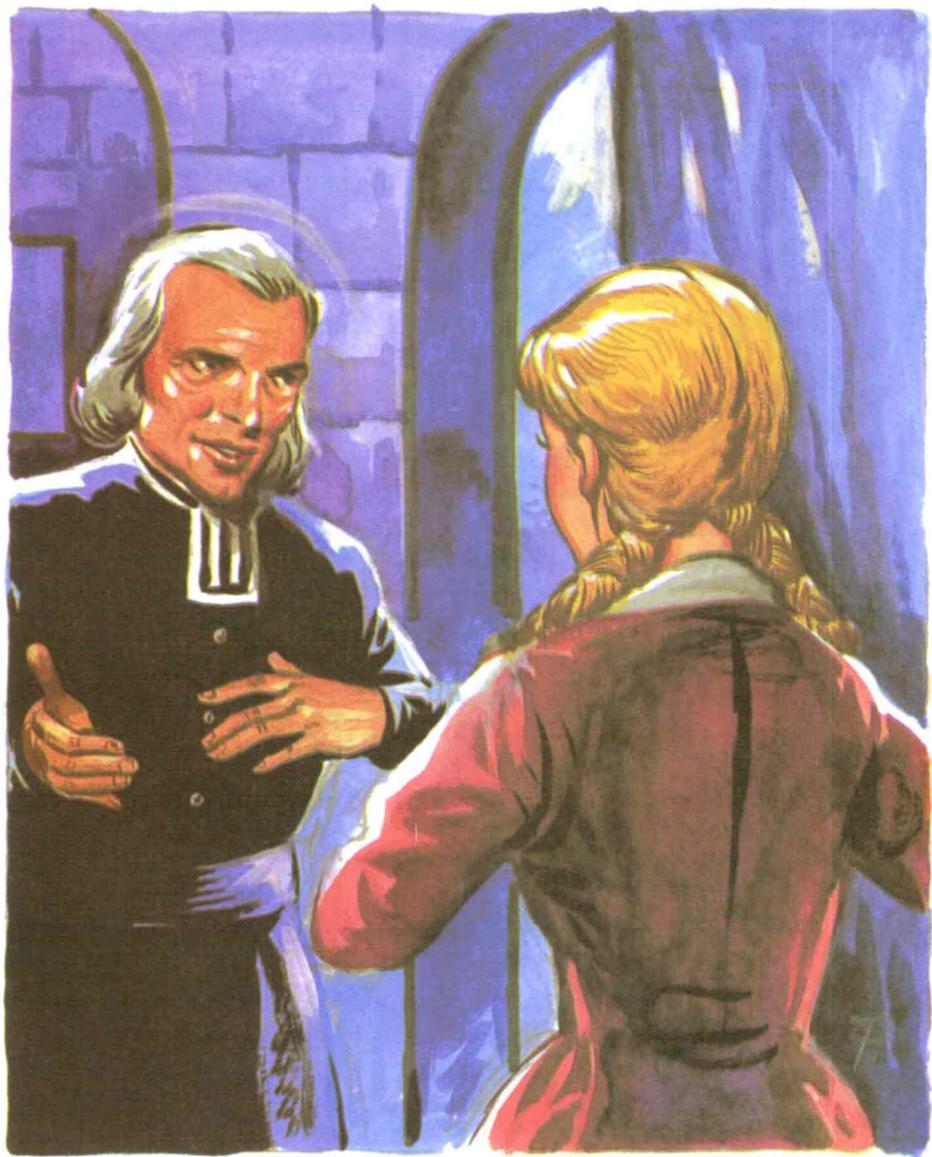
***Editorial* APOSTOLADO MARIANO**

Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA

Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78 - www.apostoladomariano.com

ISBN: 978-84-7770-080-7 - Depósito legal: M. 41.771-1987

Impreso en España - *Printed in Spain* - Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)



Simpática humildad

No es raro que la humildad a veces resulte antipática por creerla un poco floja y poco sincera. No era así la que siempre vivió el protagonista de esta historia.

—“Padre, le decía una mujer, hace tres días que estoy aquí y todavía no he podido hablar con Vd.

—En el Paraíso, hija mía. Ya tendremos tiempo de hablar en el Paraíso”.

Y otra:

—“He recorrido cien leguas para verle y ahora me concede tan poco tiempo...

—Pues mire, no valía la pena recorrer tanto para ver este trasto que acaba de ver...”.

Y una tercera:

—“Padre, todavía no he podido verle ni oírle. ¿Me tocará ahora la suerte?

—¿Suerte dice Vd?... No se preocupe, no ha perdido gran cosa de no ver ni oír a este trasto”.

Y por último esta que nos enseña que no hay que perder el tiempo en tontos discursos:

—“Padre, solamente quiero decirle una palabrita.

—Pues hija, ya me has dicho más de veinte”.

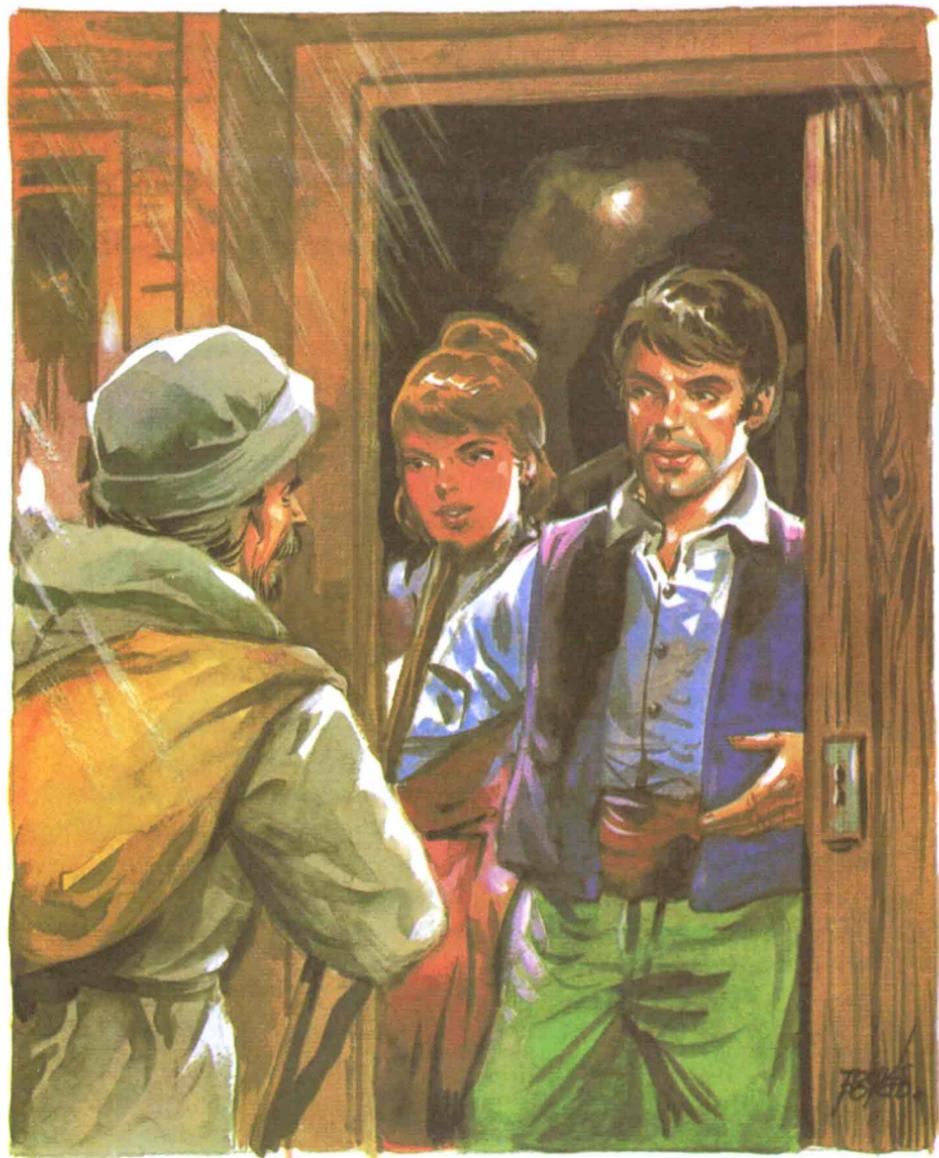
El no iba con contemplaciones. Le gustaba ser sincero y decir la verdad... Pero la decía con gracia. He aquí estos datos:

A una jovencita que fue a decirle:

—“Padre, yo quisiera que Vd. me dijese cuál es mi vocación.

—“Su vocación, hija mía, es ir al cielo”.

—¿Verdad que esta es también la vocación tuya y la mía?



Premio a la hospitalidad

—“Por favor, ¿me dan un trocito de suelo para poder pasar esta cruda noche?

Sí, sí, no un trocito de suelo sino una cama caliente, pues Vd. viene en el nombre del Señor”.

El que golpeaba la puerta de un joven matrimonio era un pobre que se llamaba José Benito Labre que años después sería canonizado por la Iglesia como modelo de entrega al cuidado de los más pobres...

El joven matrimonio ejemplar que daba hospedaje con tanto amor cristiano, y que practicaban así una obra de misericordia que dice:

“Dar posada al peregrino”.

Unos años después serían generosamente bendecidos por esta y otras virtudes con el regalo de un precioso niño a quien pusieron por nombre JUAN.

Era el día 8 de mayo de 1786 cuando en un pueblecito del mediodía de Francia llamado Dardilly venía al mundo este niño que llegaría a ser el Patrón de todos los párrocos del mundo.

Sus padres eran muy cristianos y como tales el mismo día de nacer ya le llevaron a que recibiera el sacramento del bautismo. Ellos sabían muy bien que por medio de este gran sacramento aquel fruto de amor que el Señor les regalaba era hecho nada más y nada menos que estas cuatro cosas:

1. Hijo de Dios de un modo mucho más especial que lo era ya por ser criatura humana.
2. Hermano de Jesucristo. Ya que El —Jesús— había bajado del cielo para hacernos sus hermanos.
3. Miembro vivo de la Iglesia ya que estaba injertado a ella como el sarmiento a la vid.
4. Heredero con derecho al reino de los cielos. Es decir, que Jesucristo con su muerte y Resurrección nos había conquistado el reino para nosotros.



Con las ventanas cerradas

—¿“Qué es lo que pasa que está cerrada la Iglesia? Papá, papá, he visto en el camino que estaba tirada por tierra una Cruz del Señor, ¿quién lo ha hecho?”.

Quien así preguntaba era el pequeño Juan que no podía entender ahora —era demasiado niño— los aires de revolución y persecución religiosa que traía la revolución francesa que estos días se recrudecían...

Cada día llegaban noticias de gentes cristianas y honradas que habían aguillotinado... Iglesias que habían incendiado...

—“¿A dónde llegaremos?”, se preguntaban los buenos aldeanos.

A pesar de ello los padres de Juan seguían educando a sus hijos en la verdadera fe y aunque tuvieran dificultades para practicar la fe en público... lo hacían en el hogar sin miedos a ser acusados y ajusticiados.

Para consolarle por haberle quitado un rosario que tenía en gran estima, su buena madre su hermanita le regaló una imagencita de la Virgen María, que era pequeñita y de madera. Desde entonces jamás la abandonará y llevará siempre consigo como veremos más adelante.

gunos celosos sacerdotes visitaban a las familias y les alentaban a perseverar en la fe de los mayores. Cierta día uno de estos le dijo a Juan:

Cierta día uno de estos le dijo a Juan:

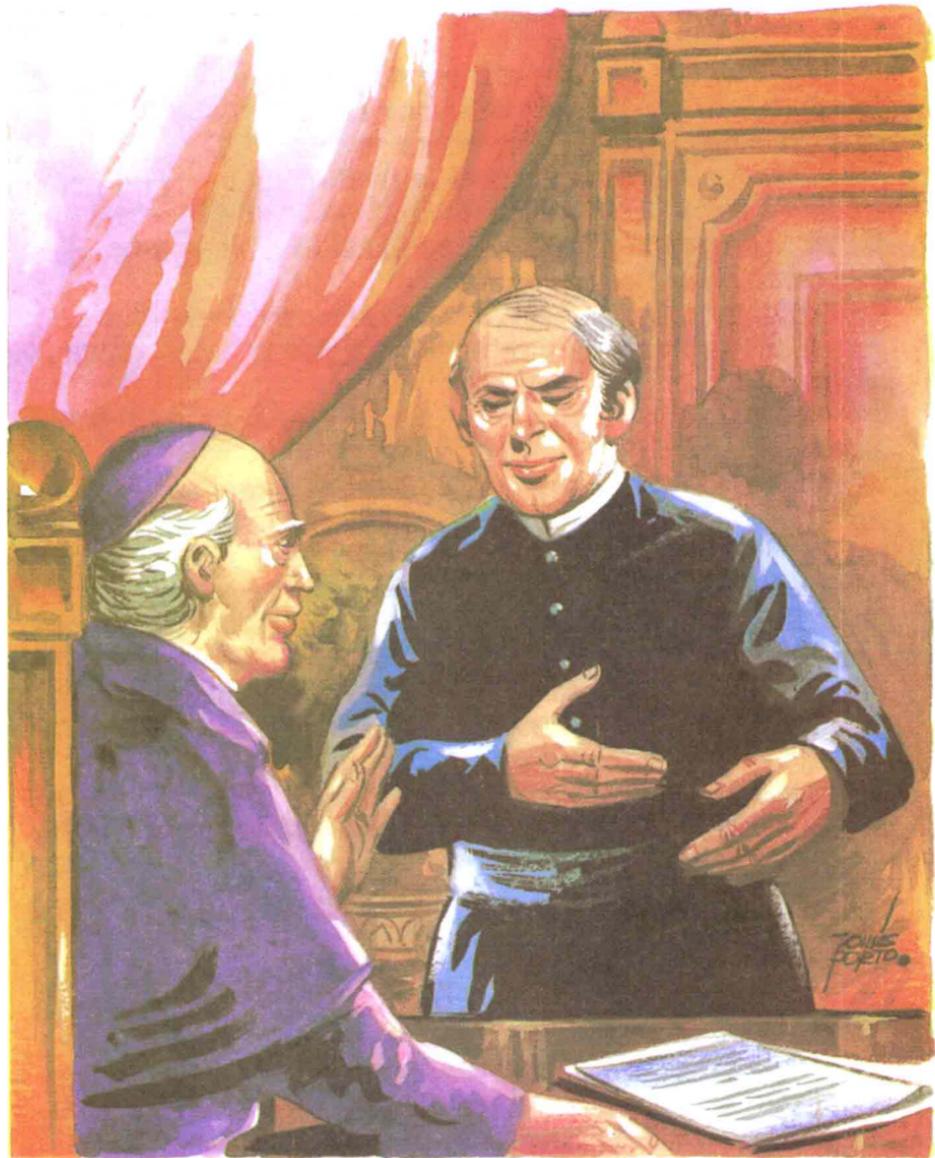
—“¿Cuántos años tienes?

—Once.

—¿Todavía no has hecho la Primera Comunión?

—No. La Iglesia está cerrada.

—No te preocupes ya que aquí no podemos hacerlo iremos a Ecully y allí, en un salón, con las ventanas cerradas, te daré a Jesús Eucaristía por vez primera”. Y así lo hizo.



La “señora perseverancia”

—Si yo pudiera ser sacerdote...”, decía el niño Juan.

—“Mire Vd. señor maestro, ¿no podía aceptar a mi hijo Juan a que asista a sus clases y así se prepare para ingresar en el seminario?

Era la madre del ya joven Juan que veía que los años se echaban encima y era una verdadera pena que aquel joven por otra parte tan bueno, trabajador y obediente tuviera tan escasos conocimientos para poder abrazar el estado sacerdotal que él había manifestado en tantas ocasiones...

Tenía ya 19 años y los estudios no le entraban con la facilidad de sus compañeros más jóvenes y avezados al estudio.

Pero él no se desalentó. Sabía muy bien que lo que vale cuesta y que para llegar a las cosas difíciles es necesario el sacrificio y el heroísmo...

Por fin vio satisfechos sus anhelos de entrar en el seminario... pero sus compañeros le miraban con cierta risita porque tan mayor y... los latines no la entraban... Tanto sufrió, que en cierta ocasión hasta llegó a pedir a los superiores que le dejaran marchar porque no tenía capacidad para los estudios...

En otra ocasión fueron los mismos superiores los que animaban a abandonar el Seminario porque carecía de la elemental cultura filosófica y teológica...

Pero la virtud de la constancia, la santa perseverancia había de cantar victoria.

Es hermoso el diálogo del Sr. Rector con el Vicario General:

—“Sr. Vicario, es el momento de rogar al abate Vianney que marche a casa. No sirve para los estudios.

—¿Sabe rezar el rosario? ¿Ama a María?...

—Sí, mejor y más que nadie.

—Pues bajo mi responsabilidad que se ordene sacerdote.



41 años en ARS

Se ordenó sacerdote el 13 de agosto de 1815.

Por fin había logrado sus ardientes deseos. No tuvo nadie de sus familiares en su Ordenación ni en su Primera Misa...

Pasó aún tres años estudiando y haciendo de coadjutor en Ecully. El 1818 era nombrado párroco de Ars.

—“Le envío a una pequeña parroquia muy mala, para que usted la haga buena”.

Estas fueron las palabras del Vicario General Sr. Courbón.

Ars en aquel entonces era un grupito de casas bastante abandonadas en el terreno espiritual. ¿Quién iba a decir a aquel joven sacerdote —tenía 32 años— que pronto serían muchos miles y decenas de miles los peregrinos que acudirían de todas partes de Francia y aún de fuera a recibir el consejo y el perdón de sus pecados por obra de este pobre sacerdote?...

De los 44 años que vivió de sacerdote en la tierra, 41 los pasó en esta aldea que transformó por completo.

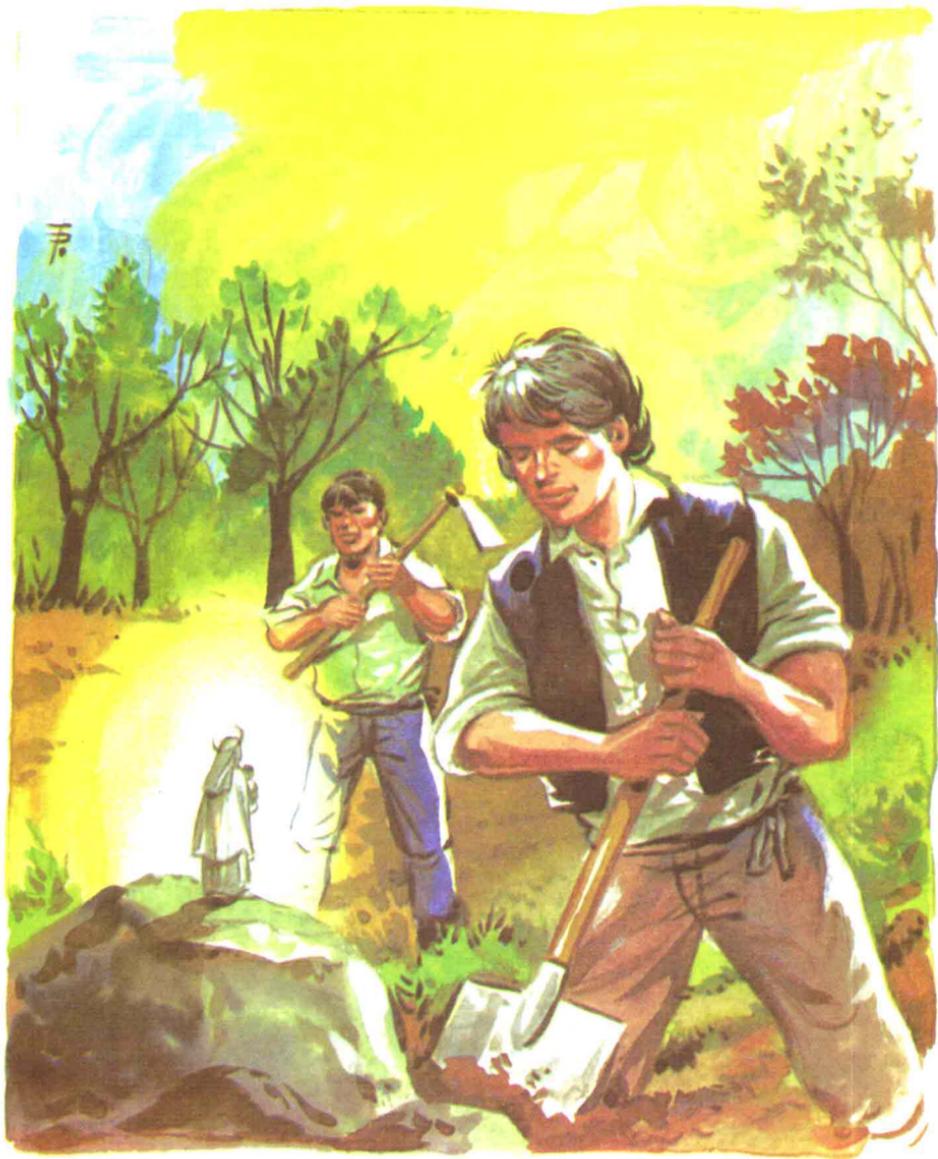
Es cierto que en muchas ocasiones quiso marchar pero siempre el Señor se las arregló para que acabase sus días entre aquellos buenos hijos de Ars a los que amaba su santo cura más que así mismo.

Al llegar a Ars, en la mañana del 9 de febrero de 1818, el mismo Sr. Alcalde le puso en antecedentes de lo que era aquella aldea en todos sus aspectos. Ciertamente no fue nada alentador el cuadro que la primera autoridad del pueblo presentaba ante sus ojos:

—Poquísima religiosidad, mucha envidia y vicios, bailes, blasfemias, anticlericalismo, etc...

El Santo Cura se limitó a contestar:

—“Señor, Señor...!”.



¿Quién gana la apuesta?

El amor de Juan Bautista hacia la Virgen María nació con él. Así lo recordaba con gran alegría, cuando ya era un anciano venerable:

—“Delante de una imagen de María, con las manos juntas y dentro de las de mi madre, rezaba a la Santísima Virgen cuando apenas sabía balbucir palabra. Al sonar el Angelus, instintivamente, sin que nadie me lo dijera, juntaba las manos y recitaba el Ave-María”.

Por ello bien podía contestar a su coadjutor cuando un día le preguntó:

—“Padre ¿desde cuándo empezó Vd. este gran amor hacia la Virgen María?

—“¿Desde cuando? Yo creo que ya la amaba antes de haber nacido”...

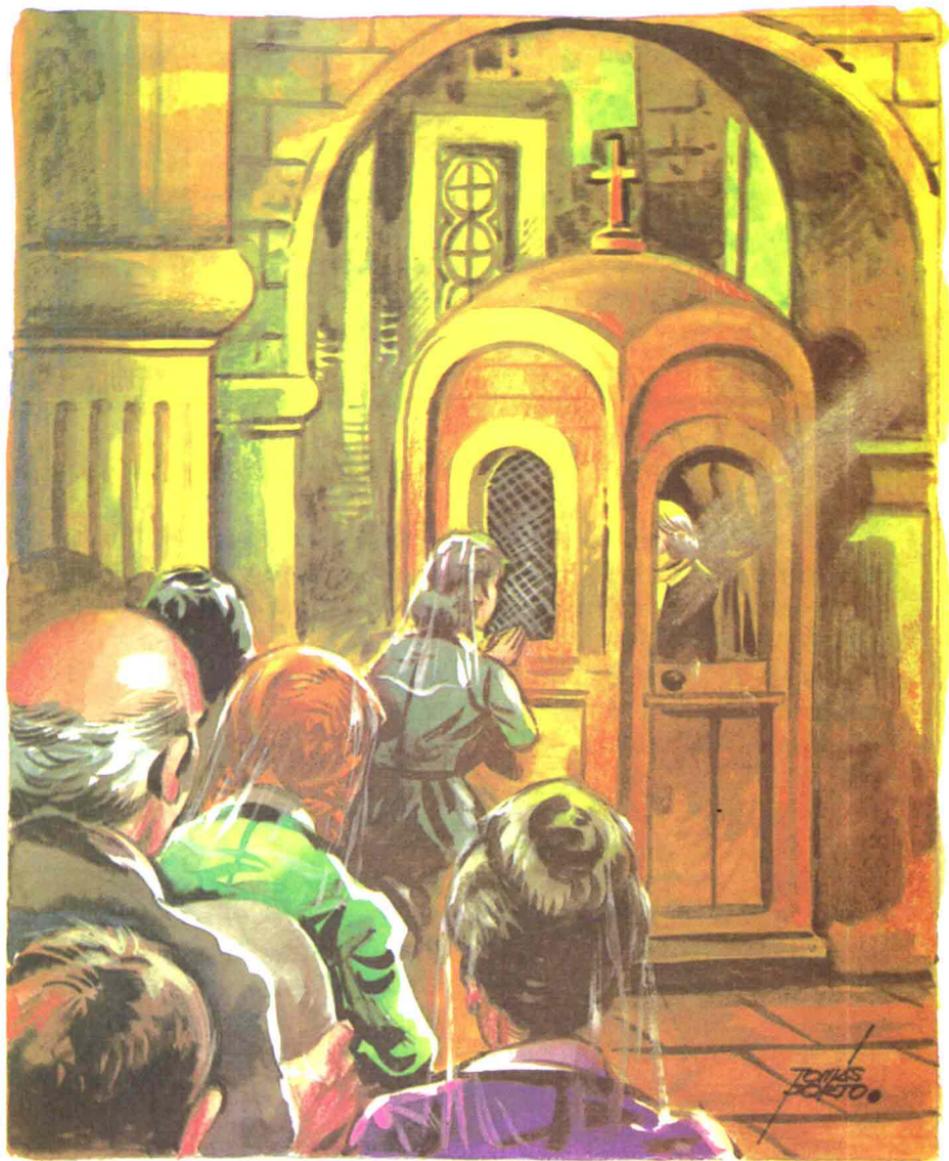
Recordemos aquella imagencita de la Virgen María que para quitarle el enfado contra su hermanita por haberse apropiado su rosario le entregó su buena madre, cuando apenas contaba cuatro años.

Aquella imagencita jamás la dejaba de encima. Casi siempre la llevaba muy estrecha dentro de su manecita. No se la quitaba ni para comer ni para dormir... El no podía vivir sin ella.

De aquí que para animarse en muchas cosas hablaba con ella y a ella le pedía consejo.

Cuando ya mayorcito iba al campo a trabajar con su hermano mayor era natural que éste le ganase en el trabajo y su rendimiento fuera mayor. Para animarse Juan y no recibir tantas burlas de su hermano se ideó una estratagema: Colocaba la imagencita a cierta distancia. Y como él no podía vivir sin ella, se animaba tanto en el cavar o hacer cualquier otro trabajo que enseguida llegaba hasta ella, la besaba y volvía a retirar unos metros más...

Pronto notó su hermano que el pequeño Juan ganaba la apuesta...



¿Viente horas cada día confesando?

—“No se preocupe que su marido se ha salvado...”.

Y cuando llegó el turno de confesarse antes de que ella empezase la confesión de nuevo le dice el santo cura a aquella pobre y desconsolada mujer que venía de muy lejos y nunca había visto al buen Padre Vianney, las mismas palabras que le había dicho al pasar a su lado camino del confesionario:

—“No sufra, su marido está en el cielo...”

—¿Pero, Padre si se tiró del puente abajo y murió sin confesarse?...

—Sí, sí, ya lo sé pero la Santísima Virgen obtuvo de su Hijo Jesús la gracia de que mientras se tiraba y ya no podía volver atrás se arrepintiese de sus pecados y murió en gracia del Señor. ¿No recuerda Vd. que durante los meses de mayo Vd. y sus niños hacían las flores a la Virgen y que él aunque no se arrodillaba ni le veía Vd. rezar le traía flores del campo para adornar el altar de María?

—Sí, sí, Padre...

—Pues mira, hija mía, aquel obsequio hecho por María le valió la salvación de su alma...”.

Hechos como este son abundantes en el corazón y en la vida del Santo Cura de Ars.

A aquella aldeíta de unas pocas pobres casas llegaban de todas partes de Francia y aún de otras naciones de 400 a 500 peregrinos cada día para recibir el perdón de sus pecados. El último año de su vida se contaron ciento veinte mil los peregrinos que llegaron a Ars...

Algunos debían esperar varios días para que les tocara el turno de confesarse... El Santo Cura no tenía tiempo ni para comer ni descansar un par de horas al día.

Durante sus largas horas sentado en el confesionario alentaba, consolaba, orientaba.

Todos salían contentísimo de aquel coloquio y con la seguridad de que habían recibido la gracia de Dios.



Tres días perdidos

—“Un día —cuenta la tendera Marta Miard— que me lamentaba ante él de mis penas le oí que se echaba a llorar. Le pregunté por qué y le dije:

—Sin duda Vd. ha sufrido mucho durante estos días porque siempre lo he visto muy fuerte y jamás le he visto llorar.

—Sí, hija mía hace tres días que no he sufrido. Son tres días perdidos para la eternidad. “Por eso lloro”.

Muchas fueron las virtudes en las que siempre brilló el Santo Cura de Ars pero no hay duda de que una de las que más practicó durante toda su existencia fue la virtud de la mortificación o sacrificio. El era consciente de que Jesucristo fue delante de nosotros cargado con la cruz y que el discípulo no puede ser diferente del Maestro... El mismo nos lo había dicho:

—“Quien quiera ser discípulo mío que tome su cruz cada día y me siga”.

Juan Bautista había cargado con la cruz de Jesucristo desde la niñez, con la austeridad de vida, con el trabajo, con la constancia y dificultad en los estudios, y después de mayor con pruebas sin cuenta ni medida a lo largo de la vida.

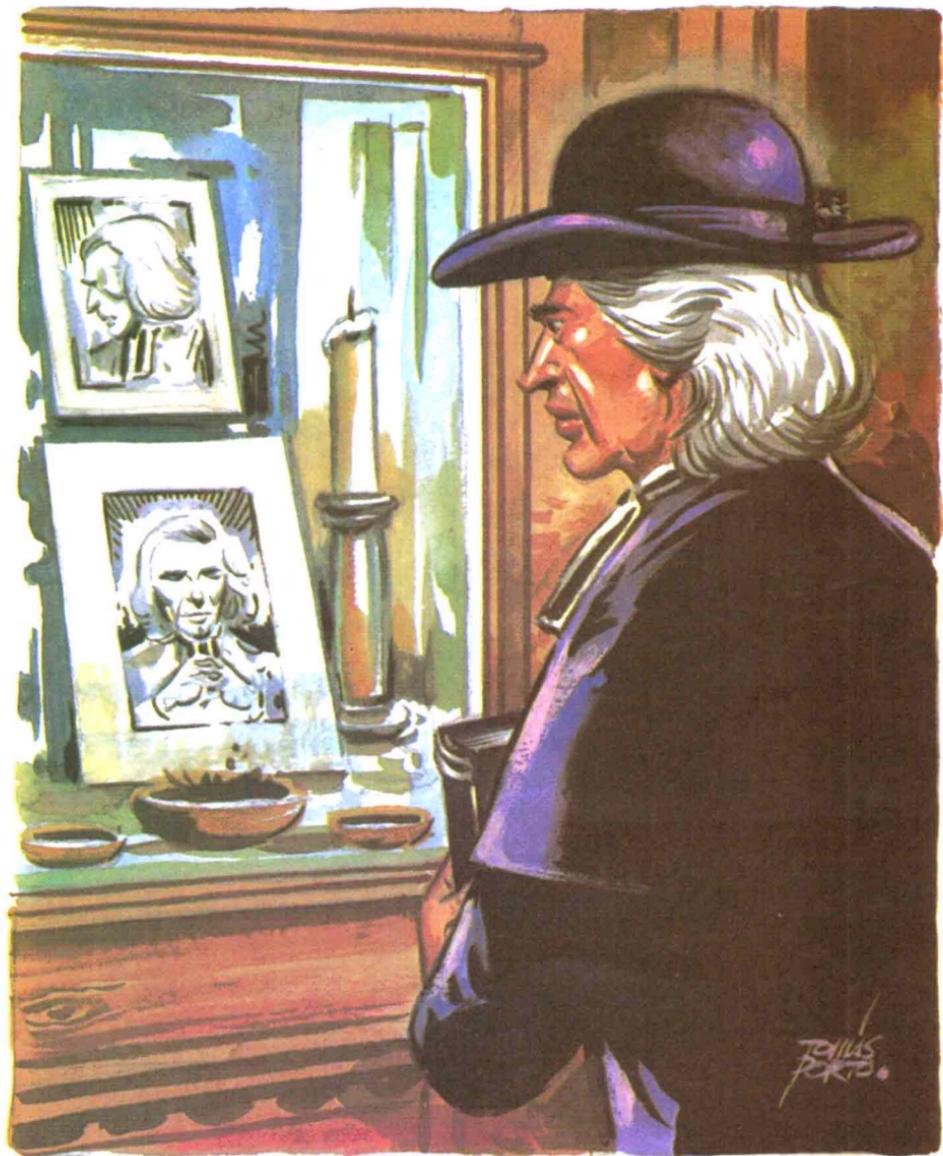
El sabía muy bien que para ir al cielo hay que caminar por la vía de la penitencia...

—“Padre Juan, ¿no se ha impacientado Vd. nunca? Haga algo para que le veamos enfadado...”

—Sí, hijos míos, sí, sólo Dios sabe lo que siempre he tenido que luchar contra mi carácter para no tirar todo a rodar.

Pero ¿no recuerda alguna vez de que se le soltaron los nervios?

—Sí, en cierta ocasión empujé violentamente esta mesa con más violencia que lo hubiera hecho cualquiera de vosotros”.



¡Pobre cura de Ars!

A la vez que los peregrinos abundaban... alguien —como siempre pasa— quiso aprovecharse de la ocasión y pintó el rostro del Cura Confesor al que venían a tratar y venerar los peregrinos...

Cierto día pasó delante de una tienda y vio su retrato en el escaparate y preguntó:

—“¿Cuánto vale?

—Cinco francos, le contestaron.

—¡Oh no, no lo venderá Vd. nunca. El pobre cura de Ars no vale tanto...”.

Solía decir:

—“La humildad es para las virtudes lo que la cadena para el rosario, las une, las engarza. Quitad la cadena y todos los granos caen. Quitad la humildad y todas las virtudes desaparecerán”...

Le molestaba grandemente que vendieran su retrato y a veces —cosa habitual en él— hasta se ponía triste por aquel espectáculo y solía decir:

—¡“Pobre cura de Ars. Hasta dónde has llegado. Te cuelgan en las paredes como si fuera en la guillotina. Siempre este carnaval. Ya veis que desgraciado soy. No puedo pasar desapercibido. Me cuelgan y me venden. ¡Pobre cura de Ars, pobre cura de Ars!”.

El Hermano Atanasio cuenta que en cierta ocasión alguien moldeó una estatuilla y la colocó en un escaparate para su venta. El precio ya era un poco más elevado. Dieciocho francos. Pasó un largo tiempo y nadie la compraba. Se enteró el santo Cura y con su gracia especial comentó:

—“No me sorprende que nadie la quiera comprar. Es demasiado dinero para lo poco que vale este pobre hombre. No valgo más de dos perras chicas. Si Vd. no baja el precio no conseguirá nunca venderlo”.

¡Tanta era su humildad!...



—¿Quién no recuerda con gran alegría una fecha?

—Era el 8 de diciembre de 1854. Después de haber consultado a todos los Obispos del mundo el Papa Pío IX y de que los teólogos y Escuelas Eclesiásticas habían pedido insistentemente a la Santa Sede que fuera declarado el dogma de que **MARIA SANTISIMA EN EL PRIMER MOMENTO DE SU CONCEPCION HABIA SIDO CONCEBIDA SIN PECADO ORIGINAL**, en este memorable día se definió el dogma de **LA INMACULADA CONCEPCION**.

Para los devotos de María fue un día maravilloso e imborrable. Cada uno se las ingenió como pudo para celebrarlo.

Si alguien amaba a la Virgen María y se gloriaba de sus triunfos, pocos como el párroco de una humilde villa del sur de Francia, el santo Cura de Ars...

Preparó con mucha oración y penitencia este día y preparó a todos sus feligreses que ya habían entrado del camino descarriado que le pintara al llegar el sr. alcalde de la villa.

Los testimonios que nos han llegado de aquel día son maravillosos.

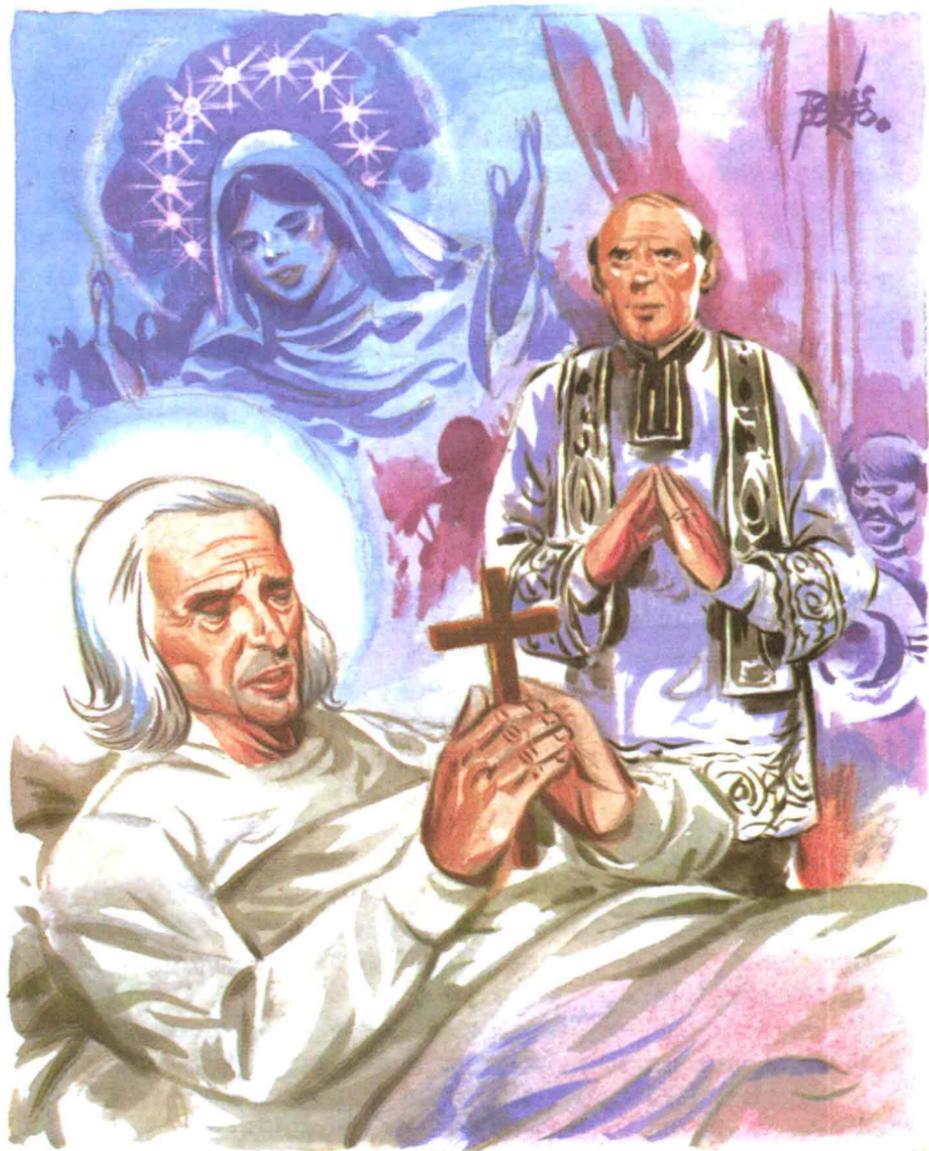
El Canónigo Gardette dice que “cuando hablaba de la santidad de María y de sus virtudes se emocionaba y enardecía al auditorio para tratar de imitar estas virtudes de la Madre”...

Ha llegado hasta nosotros la crónica de aquel día imborrable 8 de diciembre de 1854. Dice así:

—“Por la noche hubo en el pueblo iluminación general. El señor cura, antes de salir de la Iglesia, quiso con sus propias manos voltear la campana mayor. Todo fue una inmensa manifestación de júbilo.

El santo cura se paseó por las calles acompañado de los sacerdotes presentes y los Hermanos de la Sagrada Familia.

El escribió de su puño y letra los nombres de todos los feligreses de Ars y los metió en el Corazón de Plata que había mandado hacer para la imagen de María...”.



Arde su corazón

Su gran amigo, el Padre Camelet, ya casi al fin de sus días, le preguntó:

—“¿Padre, no tiene Vd. necesidad de combatir el amor propio ante tantas maravillas que obra y tanta gente que acude a Vd. venidas de todas partes?

—No, hijo, no. Es esta una tentación la del orgullo que no puede anidar en mi alma. Sé muy bien que no soy quien obra estas maravillas. Yo sólo soy un pobre instrumento del que se sirve el Señor. Mi peor tentación siempre ha sido la de la desesperación. Esta ha sido una tremenda tortura durante toda mi vida”...

El demonio le tentaba por ahí...

—“A veces, añadía el Santo cura, cuando estoy celebrando la Misa quiero llegar al momento de la Consagración y cuando tengo a Jesús en mis manos no querría separarme nunca de El... porque pienso: Si tengo la desgracia de ir al infierno por lo menos que recuerde allí estos momentos de cielo que he pasado en la tierra teniéndole en mis indignas manos...”.

—“Pero, Padre, ¿cómo es posible que Vd. piense en estas cosas de condenarse con el género de vida que lleva?

—Ay, hijo mío, si tuviera la pena de condenarme quisiera llevarme conmigo al buen Dios, pero entonces ya no habría infierno, porque las llamas del amor ahogarían las llamas de la justicia”.

En cierta ocasión tuvo esta confianza que descubría el gran amor que ardía en su corazón a la vez que su gran humildad:

—“La otra noche estaba en la cama sin poder dormir y lloraba mi vida de pecado pero pronto oí una voz que me decía: “En Tí, Señor, confié, no seré confundido para siempre”. Un poco después oí las mismas palabras más fuertes. Me levanté y quedé muy consolado”...

“Me quedaría en la tierra...”

En cierta ocasión un buen amigo le preguntó:

—“Si el buen Dios os diese a escoger entre estas dos cosas: Subir al cielo ahora mismo o permanecer en la tierra todos los días hasta el fin de los siglos trabajando por la conversión de los pecadores ¿qué haríais?

—Me quedaría en la tierra.

—¿Hasta el fin del mundo?

—Hasta el fin del mundo.

Pero con tanto tiempo delante de vos no os levantarías tan de mañana.

—¡Ay, amigo mío! Me levantaría como ahora, a medida noche y sería el más feliz de los servidores de Dios”.

Aquello se veía acabar por momentos. No podía ya arrastrar por más tiempo aquella naturaleza que la había castigado tan duramente.

Aún en estos momentos no cesaba en su obsesión: *La salvación de las almas.*

—“¡Ah! Estos pecadores, acabarán con la vida de este pobre pecador! ¡Las almas, sólo me interesan las almas!

Cierto día viendo ya que se acercaba su fin dijo con dulce voz:

—“Se acerca mi fin. Llamad a mi confesor. Quiero una vez más arrepentirme de mis muchos pecados...”.

Cuando le trajeron el Viático exclamó fuera de sí:

—“¡Qué bueno es el buen Dios. Cuando no podemos ir a visitarlo viene El mismo a visitarnos a nosotros”.

Pidió que le rezaran los salmos penitenciales. Estaba lleno de paz y resplandecía su rostro maravillosamente.

Al llegar el lector a aquellas palabras: “Que los ángeles de Dios salgan a su encuentro”, expiró.

Era el 4 de agosto de 1859. Es el PATRON DE LOS PARROCOS de toda la Iglesia...

